mi cerebro que no ha pasado jamás! No sé cuánto tiempo pasó; no sé tampoco....

¿Pero qué tiene que ver todo esto con la gran ciencia de que he ofrecido tratar? Perdone el lector que así me detenga en bagatelas que no pueden interesarle. ¡Está visto que no puedo hablar de Remedios sin desbarrar lastimosamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

X

La mutualista.

EL aborrecimiento que cobré á Vaqueril desde aquél día, sólo puede compararse al que gradualmente me fué inspirando Miguel, si no en naturaleza, sí en intensidad. No acierto á explicarme por qué la honradez del amor de éste á la pedreña, su pureza y su fogosidad, me causaba tan vivo encono como la afición torpe y grosera del elevado funcionario; y aunque á pesar de todo, Miguel no me parecía repugnan-

te, algo bueno habría dado por anonadarle y destruirle.

¿Por qué no huí de aquella ciudad para siempre? Porque á despecho de mi desengaño no podía dejar de querer á Remedios como un loco, aun cuando no fuese para mí lo que antes era; porque necesitaba yo verla y vivir cerca de ella, no obstante que esto me hiciera daño y que mis sentimientos hubiesen cambiado subitamente de rumbo y naturaleza.

Las hablillas comenzaron á llegar á mis oídos, ora con la sospecha de que el Gobernador visitaba al Coronel con más frecuencia de la que mandaba la cortesía; ora con la relación de alguna plática indiscreta de Miguel, que demostraba su inclinación decidida á Remedios; ya diciendo que Roquete tendía hábiles lazos; ya pintando escenas entre Vaqueril y Doña Eulalia, por celos graves de ésta, no enteramente infundados.

Si no llegué á oír esto con indiferencia, pude á lo menos llegar á sufrirlo con valor; y aunque conservando en mi alma aquél amor inextinguible y vehemente, la dulce, la ideal

Remedios fué apareciendo á mis ojos como la más hermosa de las mujeres, y nada más. Y sin embargo, tenía yo la certidumbre de su inocencia; que á no ser así, mi corazón siempre honrado no la habría amado un minuto más.

La oficina era para mí un potro de tormento; pero no quería abandonarla, ni quizá podía; porque allí buscaba yo las pruebas de la inocencia de Remedios, que un día había yo de presentar á la sociedad que la calumniaba y que ya daba muestras de tomar, aparentando despreciarla, el desquite de su hermosura.

Vaqueril no perdía ocasión de decirme algo muy afectuoso para la joven, con la esperanza de que yo se lo trasmitiera al pié de la letra; Miguel, ignorando las pretensiones de su superior, me contaba cómo el Coronel le admitió en su casa por excelente amigo, cómo Remedios le aceptó de igual manera, tratándole cada día con más confianza, y cómo la había ido dando á entender poco á poco y tímidamente el amor que sentía por ella. Remedios guardaba silencio al oír sus indirectas manifestaciones, bajos los ojos y la

frente algo encendida; por donde podía, según Miguel, inferirse, que aquello no iba mal.

En el periódico oficial y acompañado de la correspondiente gacetilla encomiástica, Miguel publicó varias poesías dedicadas á *Marina* que algunos traducían por *Candela;* pero que él mismo revelaba ser Remedios.

Por supuesto que los propagadores de los chismes y enredos, tanto se cuidaban de no decirlos al gran sol Don Sixto Liborio, como á aquel joven que era la mejor esperanza para lo futuro, estrella de primera magnitud, hombre de porvenir y también de presente, con el cual nadie quería estar en mal predicamento.

Otros rumores comenzaron á circular por entonces, que dieron pasto á las imaginaciones inquietas, esperanzas á los descontentos y amenidad á las tertulias. Frente al poder supremo de la Nación se levantaba un gran partido, que por medio de zapa nocturna y cautelosa iba minando, minando, y tejía una trama habilísima por lo invisible y enredada, todo lo cual habría de dar por resultado el abatimiento repentino del partido personalista reinante; y todo por puras maniobras políticas, sin derramarse una gota de sangre, ni alterar, sino por breves días, el orden constitucional que nos regía felizmente.

Bien pronto supe yo á qué atenerme, y dominado por los diabólicos sentimientos qué sin yo advertirlo me invadían, guardaba mí secreto como un tesoro, y enfrenaba la lengua, que en alguna ocasión quiso dejarse llevar por la vanidad y dar á entender que estaba al cabo de todo.

En efecto; tratándose un día en consejo entre Vaqueril y Miguel, sobre la pretensión de Pérez Gavilán, de que un sobrino suyo fuese nombrado algo para lo cual era notoriamente inútil, argumentó Miguel, diciendo que el tal era ebrio consuetudinario. Vaqueril le enseñó una carta que dijo proceder de un Estado importante y añadió cuando el joven la hubo leido:

—Tenemos que seguir la corriente; ya se lo he dicho á vd.; ya se lo he dicho á vd.... Esto no tiene remedio, y es preciso ganarse á los pocos que puedan alterar las cosas y traernos dificultades. Ya he hablado mucho

con Don Vicente sobre este negocio, y Don Vicente es hombre muy entendido en la materia; como que ha sido secretario de cinco gobiernos seguidos.

Y como Miguel replicara, hablando algo de deberes y de gratitud, Vaqueril le hizo callar con un largo sermón, dicho con la voz lenta de costumbre y las pesadas repeticiones con que pretendía dar más autoridad á su sabiduría práctica.

—No hombre, deje vd. sus teorías de colegio. La paz pública, la conveniencia pública, la tranquilidad pública, el orden constitucional antes que nada. Ya se hace necesario un cambio; ya se hace necesario. El pueblo se cansa ¿me entiende vd? y mejor es darle gusto que obstinarse en mantener el mismo orden de cosas; y como este movimiento es general y lo más importante de la Nación, los mejores Estados, los mejores cuerpos del ejército están comprometidos, es una temeridad ponerse contra la corriente general, sí, señor; es una temeridad. Por esto es que dice Don Vicente. . . .

Y cuando salimos de la oficina, Miguel me dijo:

—Pensándolo bien, puede ser que el Gobernador tenga razón. . . .

De esta suerte fueron pasando los días, sin que en su trascurso ocurriese cosa digna de especial mención; puesto que no la merecen las fiestas cívicas del día de la patria, el 16 de Setiembre. De ese día sólo consta en mis apuntes que se inauguró la *Sociedad patriótica mutualista de obreros liberales*, imaginada, organizada y presidida por el Licenciado José I. Pérez Gavilán, que aunque no era ni obrero ni patriota, se interesaba mucho por *las clases trabajadoras*.

Singularmente me llamó la atención que se me invitara para entrar en la sociedad, y como de pronto me resistiera, el mismo Gavilán me llamó á su casa y me convenció de la utilidad de la institución, destruyendo mis escrúpulos con el incontestable argumento de que si entonces no era yo obrero lo podía ser más tarde.

Con toda pompa y regocijo se instaló la sociedad; contando desde luego con unos cien

miembros, que quince días después eran en realidad sólo treinta; pero que en los registros pasaban de trescientos. Se fundó un periódico que era órgano de la *patriótica mutualista*, con el nombre de *El Taller Libre;* y las niñas del Colegio Hidalgo bordaron el estandarte, que era de raso verde, con hilo de plata. El mote decía: *Libertad y Trabajo.*

¡Vaya con la dichosa sociedad, y cómo me entusiasmó! Era la primera en que yo me metía, y soy de disculpar si la tuve por importantísima y trascedental, al extremo de ir creyendo poco á poco que Gavilán era hombre útil y desinteresado como ninguno. Pero mi satisfacción no tuvo límites, cuando fuí nombrado segundo secretario, por ausencia del que desempeñaba este oficio.

No tenía la *mutualista* más activo agente que yo, pues por todas partes ensalzaba sus propósitos y enaltecía su objeto, logrando llevar á su seno algunos individuos tan abonados y tan obreros como Clemente y Julian. Pero en vano traté de seducir á Pepe, el cual se contentó con explotar aquel filón con su

afilada lengua, dirigiéndonos cada discurso que nos ponía colorados y mohinos.

—Jóvenes, nos decía; somos aves de corral, y no es bién que asistamos á juntas que congrega una ave de rapiña.

Yo tenía sin duda en la frente la estrella de la mañana, pues todo el que me conocía me trataba no sólo con aprecio, sino hasta con mimo. Primero Don Sixto Liborio, después Doña Eulalia y Candela, y ahora el Sr. Diputado Perez Gavilán, que me quería como á las niñas de sus ojos, lamentaba que tan humilde empleo desempeñara quien tan grandes aptitudes tenía, y se proponía interponer su influencia para alzarme á una altura digna de mis alientos y cualidades. El me hizo secretario de la mutualista; debí á su empeño el ser miembro de varias comisiones importantes; á su pluma un párrafo de gacetilla honroso que en mi favor publicó *El Taller Libre*, y á sus contínuos elogios el que Julian y Clemente comenzaran á verme como un hombre superior. Pero mi asombro, á la vez que mi gratitud, se colmaron un día que me dijo:

—Me intereso tanto por vd., que aun á riesgo de parecer indiscreto, quiero decirle que ha tenido vd. el mejor ojo del mundo al fijarse en la Cabezudita para hacerla más tarde su esposa. ¡Vamos, muchacho, no se ruborice vd.! Ya sé que Cabezudo no le quiere, porque le considera muy abajo; pero no se apure: tengo entre manos una gran *combinación*, y si dá buen resultado, como lo creo, vd. subirá tanto que Cabezudo será poco. No crea vd. esos chismes que andan por ahí. La muchacha es una perla y debe vd. estar tranquilo. Ya hablaremos, ya hablaremos. Guarde silencio y espere, que yo le respondo. Ya hablaremos. Le tengo á vd. cariño desde la bolita de San Martín, pues sé lo que pasó allá con todos sus pormenores. Mi combinación es segura, y despues de realizada, vd. subirá y se casará con esa muchacha que tanto le quiere. Mientras tanto, no la abandone, hijo; escríbala, si no puede hablar con ella; ya hace mucho tiempo que se contenta vd. con sólo verla de léjos, y de algunos días á esta parte, hasta eso le escasea.

¡Aquel hombre sagaz lo sabía todo! ¡Con-

que no todos creían las hablillas! ¡Qué alivio sintió mi alma y cuanta gratitud y afecto hacia Gavilán! Había una *combinación*, que realizándose me elevaría y me colocaría arriba de Don Mateo.... ¡No necesitaba yo más para ser partidario de esa combinación y del grande hombre que la traía entre manos!